

nir todas las noticias que puedan ilustrar la presente cuestión, tuve á bien ocurrir á los informes del comercio de esta plaza, y como pobre resultado de mis investigaciones en el particular, sólo he podido saber: Que hace más de veinticinco años que está establecida en Belice la casa de comercio que gira bajo la razón social de Young Toledo y Compañía, y es considerada como una de las más respetables de aquel lugar, tanto por el fuerte capital que representa, como por las circunstancias personales que se reúnen en el Sr. Toledo, socio gerente: Que las principales negociaciones de la casa consisten en la elaboración de azúcar, para lo cual tiene tres ingenios montados con grandes elementos, y en el corte de maderas que exporta en cantidades considerables, á pesar de haber concluido hace tres ó cuatro años el contrato celebrado con el Gobierno de Yucatán para cortarlas en la costa. Nada más he podido inquirir; pero si el esclarecimiento del punto fuese de importancia para ese Ministerio, á su aviso, encargaré á alguna de las personas que suelen dirigirse á Belice para asuntos mercantiles, que recoja todos los

datos concernientes fijándole las circunstancias y el mejor modo de llenar esa comisión patriótica.

III

Desde qué época comenzó á hacerse el comercio de armas con los indios por los negociantes de Belice, y por consiguiente la guerra en la Península, formándose un cálculo aproximado de los daños causados por ellos. Para poder informar sobre este importante asunto, que es el tercero de los que indica ese Ministerio, seame permitido formular en tres proposiciones separadas las cuestiones que entraña la que expresa la nota oficial.

1.^a Desde qué época comenzó en la Península de Yucatán la guerra de indios que todavía aniquila esta importante parte de la República Mexicana.

2.^a Desde qué época comenzó el comercio de armas y pertrechos de guerra entre los indios sublevados y las autoridades y habitantes de la colonia inglesa de Belice.

3.^a Cuál es el cálculo aproximado de los daños causados por la guerra.

Antes de pasar á tratar de cada uno de los puntos fijados, y para observar en lo posible claridad en el método y orden cronológico en las fechas, creo indispensable referir algunos datos históricos relativos á la fundación, conservación y progreso de la colonia inglesa, porque de ellos se deducirán, como indispensable corolario, los acontecimientos que están pasando, y que prueban una consecuencia que pudiera ser laudable si fuera para el bien; pero que no debe ser más que criminal, porque significa la contumacia en un delito contra la naturaleza y la ley positiva de las naciones, contra la humanidad y la civilización. Los datos á que voy á referirme los he recogido de algunos periódicos antiguos, de la "Historia de las relaciones de España y México con Inglaterra," publicada por el C. Manuel Peniche en el Boletín de la sociedad mexicana de Geografía y Estadística y de otros documentos importantes que han visto la luz pública en el mismo ilustrado órgano de la referida sociedad. Procuraré excusar los comentarios para no hacer ni largo ni difuso el presente informe, aunque contrariando con esto mi espíritu de deduc-

ción, porque cada uno de esos datos inspira la necesidad de comentarlo, y se presta á deducciones poco favorables á la nación inglesa, que, á pesar de su poderío, ha querido y quiere por todos medios, ninguno de ellos legal, usurpar la soberanía é integridad del territorio mexicano, que antes perteneció, por derecho de conquista, á la Nación Española.

El bucanero escocés Petter **Wallace**, dominado por el espíritu de su época, estableció, á mediados del siglo diez y siete sobre la bahía de Honduras, al S. E. de la Península de Yucatán, los primeros cimientos de la colonia inglesa que lleva el nombre de su audaz fundador, aunque modificado por el trascurso del tiempo. **Wallace** y los ochenta piratas á quienes capitaneaba tomaron posesión, en nombre de la ambición y del crimen, de un territorio al parecer inaccesible, y propio para sus expediciones, recordando tal vez que el crimen y el valor pusieron también los cimientos de la más grande, ilustrada y poderosa de las naciones antiguas. Desde estos primeros días en que tuvo lugar el nacimiento de la colonia inglesa, su fundador comprendió la nece-

sidad de entablar relaciones con alguna de las tribus indígenas, por ser éste el único medio de asegurar la posesión del territorio ocupado. Así lo hizo en efecto, celebrando un tratado con los indios mosquitos situados en la costa oriental de la América central. Debe advertirse que estos indios jamás estuvieron bajo el gobierno español, que se resistieron á la conquista, y que Wallace, al tratar con ellos, sin duda alguna tuvo presente esta circunstancia, para confiar en que sus aliados serían fieles y tenaces en resistir á los españoles, en el caso previsto y realizado de que pretenderían perturbar á los piratas ingleses en la posesión que habían usurpado. Satisfecho aparentemente Wallace de su alianza con los indios, y suponiendo bastante el título de propiedad que éstos le habían dado sin autoridad ninguna, sobre una extensión de terreno que ni les pertenecía, ni tal vez les era conocida, se consagró á poner la primera piedra de la colonia inglesa incrustada, por decirlo así, en la Península Yucateca. Ni el gobierno de ésta, ni el de la metrópoli se habían dado cuenta de la guarida de Wallace, que impunemente iba legitimando su

usurpación con el trascurso del tiempo; pero alentados los colonos por la ignorancia y apatía del Gobierno español, dieron mayor ensanche á los actos de piratería, que al fin denunciaron su existencia. Esto pasaba á principios del siglo XVIII, y entonces, D. Alvaro Rivaguda, Gobernador de la Península, mandó practicar un reconocimiento á las costas, y pudo descubrirse la residencia de los piratas ingleses: se dictó la resolución de atacarlos y destruirlos y se insistió en ella; mas los accidentes del terreno, la defensa que la naturaleza les ofrecía, como haciéndose cómplice de los que se escudaban tras ella, hizo impracticables é infructuosos los esfuerzos del entusiasta y decidido Gobernador de la Provincia. Los primitivos colonos para resistir el ataque, en el caso de que se hubiera realizado, contaban con el auxilio de los indios mosquitos. Contaron con él también cuando fueron batidos con tanta habilidad como éxito por el intrépido y valeroso Don Antonio de Figueroa y Silva que fué nombrado por el Gobierno español Gobernador y comandante general de la Península de Yucatán, con el objeto de que

llevara á efecto, como lo hizo, la destrucción de la colonia de Wallace.

No es posible extenderse explicando las operaciones de Figueroa; basta decir que por mar y por tierra batió felizmente á los piratas, que muchos de éstos y algunos de sus aliados quedaron prisioneros, Belice destruido y España dueña de todo el territorio de la Península. Por un sentimiento de vanidad muy disculpable no puedo dejar de precisar, como tendré que hacerlo otra vez en lo sucesivo, que para la expedición de Figueroa salieron de Campeche todos los elementos marítimos; que aquí se prepararon las embarcaciones; que campechano fué el donado é inteligente marino que mandaba la escuadrilla, cuyo nombre no ha podido reeoger la historia para inmortalizarlo, y que desde entonces los marinos campechanos dieron frente á Belice las primeras pruebas de un valor tradicional, que nunca han desmentido. La expedición de Figueroa fué motivo para que por la primera vez el gabinete de S. M. B. dirigiese una reclamación diplomática al gobierno español respecto de la colonia de Belice; y éste, sin firmeza ni energía en sus reclamacio-

nes internacionales, dando ya señales de esa debilidad que amenguó la grandeza de la Nación de los dos mundes, contestó la nota cuando debió rechazarla; satisfizo la exigencia cuando debió defender el derecho; reprobó severamente los actos de Figueroa cuando debió haberlos enaltecido; pretendió hacer un criminal del que había sido un héroe. Así, España ingrata como siempre con sus genios, injusta con sus héroes y vacilante hasta para defender sus propias glorias, dió alguna existencia legal á la colonia, reconociendo que el pabellón inglés podía extender su sombra protectora hasta las lejanas costas de Yucatán, para amparar á los piratas ingleses que en ellas habían establecido su guarida.

La conducta del gobierno de la metrópoli hizo renacer á la colonia destruída por Figueroa: ingleses procedentes de Jamaica la poblaron nuevamente, continuando la obra del bucanero Wallace. Las autoridades de la provincia no veían con indiferencia esos trabajos de restauración; al contrario, manifestaban constantemente sus patrióticos deseos de oponerse y pedían auxilios con el objeto de hacerlos efectivos; pero Espa-

ña envuelta en las guerras de aquella época que sostenía unas veces sola y otras aliada con alguna potencia europea, no estaba en disposición de remitirlos, y los deseos quedaban estériles. Mientras, los nuevos colonos con el derecho que deducían del título expedido por el Rey de los indios mosquitos, contando siempre con la cooperación eficaz de éstos, y alentados, sobre todo, por la intervención que en su favor había manifestado el Gobierno de S. M. B., seguían restableciéndose; la colonia ensanchaba sus límites, se construían fortificaciones, y se ejercían todos aquellos actos que sólo podía autorizar la posesión bien adquirida. Esta situación continuó hasta 1775, en que el Gobierno español, en guerra con el de Inglaterra, dió órdenes terminantes para expulsar á los ingleses de Belice. Estas órdenes las recibió el Sr. D. Roberto Rivas Betancourt que era en aquella época el Gobernador y Capitán general de la península yucateca. Sin grandes elementos, pero con una voluntad que lo sabía suplir todo, se dispuso el elevado funcionario á cumplir las disposiciones de la corona, y en una flotilla preparada en este puerto, embarcó sus po-

cos elementos de guerra, los condujo á Bacalar, y de allí con extraordinaria actividad (en la actividad se encierra casi siempre el éxito de las acciones humanas) emprendió sus operaciones sobre Belice. El resultado fué favorable, aunque no tan completo y definitivo como era de desearse: los ingleses desalojaron las riberas del Río Hondo; el fuerte de Cayo-Cocina fué ocupado por los soldados peninsulares, quienes cogieron varios prisioneros y embarcaciones, la flotilla de Rivas pasó al Río Nuevo, desalojó á los colonos de sus riberas, y fueron quemados los valiosos establecimientos que habían conseguido plantear. Esta es la segunda vez en que debo hacer notar que la referida flotilla estaba compuesta de piraguas y canoas armadas y tripuladas por marinos campechanos. Y fué tan notable el valor y la audacia que los marinos campechanos desplegaron en aquella ocasión, que consiguieron apresar un bergantín de la esquadra inglesa armado de catorce cañones, cuyo valor era de setenta mil pesos, y con el cual aumentaron sus embarcaciones é hicieron huir las del enemigo. El que tenga conocimiento de lo que han sido y son los marineros ingleses; el

que no ignore la fama universal que justamente han adquirido y conservado, sabrá apreciar en todo lo que vale la conducta observada por los modestos marinos de este puerto en la invasión de Rivas á la colonia inglesa. Sus hechos preclaros han llegado hasta la generación actual, y pasarán á las venideras, como inapreciable herencia de honor y de gloria.

A los cuatro años de la expedición del Capitán General Rivas Betancourt, se terminaba la prolongada y sangrienta guerra que sostuvieron Inglaterra, España y Francia, la cual se extendía hasta sus posesiones de América, celebrándose un tratado definitivo de paz que se firmó en Versalles el 3 de Septiembre de 1783. Hasta esta fecha no tuvieron ningún derecho para residir en territorio de la Península los súbditos de S. M. B.

El objeto de esta ligera digresión histórica es probar que ha habido una lógica inflexible en la conducta observada por los ingleses de la colonia de Belice desde su fundación hasta nuestros días; es encadenar unos hechos con otros, evidenciando cuán íntima relación existe entre todos ellos. En efecto, el tratado de alianza celebrado por

Wallace con los indios mosquitos viene á ligarse perfectamente bien con el celebrado por la autoridad inglesa de la colonia con Marcos Canul: el apoyo que dieron los mismos indios mosquitos, rebelados siempre contra España, á los fundadores de la colonia, y los auxilios que prestaban á sus habitantes cada vez que se veían atacados, es un antecedente que se encadena con el apoyo que ofrecen los ingleses de Belice á los indios sablevados de la Península, y con el hecho de que aquellos hayan proporcionado y proporcionen á éstos armas, pólvora, plomo y demás elementos para activar la guerra constante que sostienen. La reclamación inglesa que se dirigió al gobierno español después de la destrucción de Belice por Figueroa, y que, según una opinión respetable, fué suscrita por Lord Stanhope, Ministro de S. M. B., es la primera hoja de la larga historia de las reclamaciones injustas respecto á Belice, que acaba de aumentar con una nota más el Ministro Lord Granville; y la débil é injustificable contestación que entonces se dió á aquella, estableció la necesidad de que, aun hasta hoy, ese Ministerio de su digno cargo contestase

ésta, defendiendo de una manera respetuosa, pero enérgica y persuasiva, el honor y la integridad de la República. Hechas estas indicaciones, que no carecerán de peso en el ánimo de los hombres ilustrados, y que pueden servir para conocer cuáles han sido siempre las tendencias del Gobierno inglés en lo que toca á sus colonias de América, paso á tratar del asunto sobre que debe versar esta parte del informe, empezando por el primer punto de los tres que he señalado anteriormente.

*
* * *

La guerra de indios, que como una terrible adversidad pesa sobre la Península, puede decirse propiamente que comenzó desde el 30 de Julio de 1847, pues aunque con anterioridad había habido algunos conatos de sublevación, ésta no se había efectuado sino hasta la funesta fecha señalada, en que una gran parte de los indios, encabezada por Cecilio Chí cayó sobre la pequeña población de Tepich, asesinando á todos sus habitantes y marcando con esta primera acción el carác-

ter sangriento y aterrador de la lucha que se iniciaba. Así como en el orden físico se van reconcentrando en el profundo seno de los montes las materias combustibles que derriten los metales y calcinan las piedras, y que después abren el cráter para derramar por todas partes lavas destructoras que hacen desaparecer no solamente á los individuos sino á los pueblos, también en el orden moral se van acumulando en el corazón de algunos hombres, iguales por el color de su piel y la identidad de sus facciones que es lo que constituye el carácter de las razas, ó identificados por sus afecciones morales, se van acumulando digo, injusticias, desprecios, injurias, persecuciones y crímenes, hasta que la explosión es inevitable, y entonces la venganza no reconoce límites y el refinamiento del odio produce la catástrofe. Esto es precisamete lo que ha pasado con los indios de la Península. Por no creerme competente, ni ser necesario en mi concepto para llenar el objeto de este informe, no hago el estudio histórico y filosófico del origen, causas y tendencia de esa guerra salvaje. Un eminente escritor, de cuya tumba se desprenden destellos de

gloria que bañan toda la Península, hizo un inestimable trabajo sobre este importante acontecimiento, que marca época dolorosa, refiriendo los hechos con precisión admirable y juzgándolos con talento superior; y otro joven escritor ha tenido el indisputable mérito de recopilar todos los datos, de ordenarlos y de ser el primero en escribir, satisfaciendo con esto una necesidad pública, el "Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde 1840;" ese año, que es la piedra miliaria desde donde empiezan los grandes y trascendentales sucesos que se han verificado en la Península de Yucatán. Basta á mi propósito resumir, las causas originarias de la guerra. Esas causas, que se fueron acumulando por espacio de más de tres siglos y que prepararon y precipitaron el cataclismo de 1847, son:

La conquista, que plantó su bandera ensangrentada sobre cadáveres y ruinas.

El vasallaje. — La encomienda. — El monopolio. — El diezmo. — El fanatismo.

La ignorancia: más todavía, el embrutecimiento.

La conducta de los partidos políticos que,

ofuscados en la lucha, buscaron la alianza de los indios, despertándolos, por decirlo así, y haciéndoles comprender que ellos por sí mismos podían luchar con ventaja por su número y por sus condiciones.

La impunidad de los hechos feroces que ejecutaban como aliados.

La falta de recompensa á sus servicios.

El convencimiento de la división, y en consecuencia, de la debilidad.

La vacilación y la falta de energía en los primeros momentos.

El fusilamiento de Manuel Antonio Ay, cacique de Chichmilá, en el partido de Valladolid, verificado el 26 de Julio de 1847.

El fusilamiento de Justo Ie y tres más del pueblo de Ekpec, que tuvo lugar el mismo y memorable día 30 de Julio de 1847.

La persecución débil contra Bonifacio Novelo, Jacinto Pat y Cecilio Chí, á quienes no se tomó gran empeño en aprehender. Estas causas remotas, graves y generales las unas; inmediatas, exasperantes y personales las otras, produjeron la guerra de indios, cuyos efectos han causado y están causando más daño que las candentes lavas del Vesubio.

La guerra fué tomando cada vez más un carácter terrible; se fué extendiendo la insurrección; los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños caían bajo el machete de los bárbaros; las poblaciones, después del saqueo, eran entregadas á las llamas, se destruían las fincas de campo, se profanaban los templos, se violaba á las vírgenes, se cometían toda clase de crímenes. Nada hay en la historia que pueda compararse á estos hechos, ni las invasiones del conocido Jefe de los Hunos, ni la entrada á Roma de los soldados del condestable de Borbón. El pánico se fué apoderando progresivamente de los soldados que defendían la civilización, y llegó á dominarlos hasta el extremo de que á los bárbaros no se les presentaba una resistencia eficaz y estos se atrevieron á llegar hasta las cercanías de la ciudad de Mérida, hasta las inmediaciones de ésta: y desde las almenas de la ciudad de San Benito, y desde las murallas de esta plaza se veían los resplandores siniestros del incendio y se escuchaba la voz amenazante de esos implacables enemigos. Ni á la vista de ese espectáculo conmovedor é imponente dieron tregua los

partidos políticos de la Península á sus diferencias; y sensible es decir que muchas veces las fuerzas destinadas á guarnecer los pueblos y defenderlos, han sido separadas de su patriótico y humanitario objeto, para emplearlas en la guerra civil, dejando que los indios sacrificaran impunemente las poblaciones abandonadas.

En medio de esta situación, cuando Yucatán había agotado todos sus recursos; cuando sus hijos desesperados perdían las últimas esperanzas; cuando el Gobierno mexicano se mostraba indiferente á la suerte de esta parte de la República; cuando el del Estado, como el individuo que se ve atacado por todas partes, pedía socorro con acento lastimoso, y lo pedía hasta á los gobiernos extranjeros, cediendo la propiedad de la Península, regalándola al que quisiera salvarla; cuando la barbarie casi consumaba su obra en presencia de las naciones civilizadas del mundo; cuando Yucatán yacía abandonado de Dios y de los hombres, se operó la reacción entre sus propios hijos, que, sin tener que esperar nada de nadie, tenían que procurarlo todo ellos mismos. Algunos auxilios, y es justo decirlo en to-

da circunstancia, vinieron de la Ista de Cuba. Pocos fueron, en verdad, pero bastantes para obliigar la gratitud de todos los hijos de la Península Yucateca, que nunca echarán en olvido los nombres de los Sres. D. Federico Roncali, Conde de Alcoy que era Capitán General de la Isla, y del Comandante del apostadero D. José Primo de Rivera.

La necesidad apremiante de redimir al país, de salvar los intereses, de defender la familia, de conservar la propia existencia, reanimó á todos: pasó la ofuscación, se repusieron de la sorpresa, y entonces se activó la guerra, se recobraron varias poblaciones importantes, se obtuvieron victorias gloriosas, y se dieron ejemplos de valor y de heroísmo que serán siempre un timbre de gloria para los peninsulares. No hay duda de que este período de la guerra inspiró la confianza de que pudiera terminarse completamente; pero su poca duración burló semejante conjetura. Es forzoso decir que la guerra que se hizo á los indios fué cruel y sangrienta. Las represalias fueron terribles, y puede asegurarse con verdad que la lucha era apropiamente de bárbaros.

No me atreveré á calificar esta conducta porque sería muy aventurado hacerlo cuando los años han trascurrido, cuando las circunstancias no son las mismas, y por consiguiente no es posible estar bajo la impresión de las pasiones que la inspiraron.—Lo que debe creerse es que si el rigor que se desplegó en los primeros días se hubiera ido atenuando; que si no hubieran tenido lugar ciertas escenas, cuyo relato no puede oírse sin terror, porque son superiores á las más crueles del martirologio humano, el triunfo hubiera sido completo, más digno de la civilización y más honroso para la humanidad. Habiendo pasado el período de entusiasmo más pronto de lo que era necesario vinieron en seguida la inercia y la debilidad. A la desmoralización de la sorpresa, sucedió la desmoralización del interés: la guerra se volvió para algunos objeto de especulación y de lucro. Los cantones no estaban organizados convenientemente. Se abandonó una gran parte del territorio á los indios y éstos pudieron organizarse y establecerse. La actitud defensiva es la que generalmente se ha guardado, y cada día se va haciendo más difícil tomar la ofen-